

SEGUNDA EXPEDICION

EN EL OBERLAND.

EL VALLE DE LAUTERBRUNNEN.

Al llegar á Thun, he dicho, creo, sin extenderme mas sobre este asunto, que allí es donde comienza el *Oberland*. Unos cuantos renglones sobre la significacion de esta palabra y sobre el país que designa.

Oberland significa la tierra de arriba. Es para Berna lo que Dieppe para París, una romería. Con uno ó dos años de anticipacion se promete en las familias ir á ver las neveras lo mismo que en las calles de San Martín ó de San Dionisio se goza con igual anticipacion con la idea de ir á hacer una visita al mar. La reputacion de este magnífico país se extiende mucho mas allá de la Suiza. Hay Ingleses y Franceses que salen de Londres y de París solamente para ver el *Oberland* y no otra cosa, y despues de haber hecho una excursion de siete ú ocho

dias por las montañas que lo rodean, se tornan á su casa muy convencidos de que han visto todo lo que merece ser visto en la Suiza. Verdad es que si no es la parte mas curiosa, es al menos la mas brillante.

Interlaken se halla por su posicion, y es el punto de reunion de los viajeros que llegan para ver ó que se vuelven despues de haber visto. No es raro el hallarse uno á la mesa con los representantes de ocho ó diez naciones distintas; así la conversacion de los que comen es una especie de jerigonza en la que apenas puede comprender algunas palabras el filólogo mas diestro, propia para hacer olvidar á uno al cabo de quince dias su lengua materna.

Tambien allí empieza á ser mas grande la dificultad de comunicarse con los guias; muy pocos hablan francés de una manera inteligible. El que me dió el posadero me ha hecho estudiar en los cinco dias que le tuve conmigo un verdadero curso de patuá.

Nos habian detenido toda la mañana los preparativos de viaje. No pudimos ponernos en camino para Lauterbrunnen sino á la una de la tarde.

Recomendáronnos mucho que no nos olvidásemos al pasar por Abatin, aldeita situada á un cuarto de hora de Interlaken, visitar las vidrieras pintadas que adornan una casa particular y que datan de tres siglos. Una de ellas me pareció bastante original para no pedir la explicacion á su propietario; representaba un oso armado con una maza, y llevando dos rábanos en su cinto, y uno en la pata.

Ved aquí la tradicion á que se refiere esta extraña pintura. En 1250 el emperador de Alemania llamó á las armas á sus pueblos del Oberland, man-

dándoles que enviásen á su ejército cuantos hombres pudiesen poner sobre las armas. Habitaban entonces en Iseltwald, sobre las riberas del lago de Bienz, tres fuertes y poderosos gigantes : pasaban su vida cazando y se vestían con las pieles de los osos á quienes ahogaban entre sus brazos. Los pueblos del Oberland creyeron haber cubierto dignamente su contingente enviando aquellos tres hombres.

Cuando el emperador los vió llegar se enfadó mucho, porque habia contado con un socorro mas eficaz. Los tres hombres que le enviaban, ni aun armados venían.

Los gigantes dijeron al emperador que no le diese cuidado el que fuesen pocos; pues ellos tres solos le prometían hacer el servicio de un ejército entero, y que en cuanto á armas se las proporcionaría el primer bosque que encontrasen.

Efectivamente, penetraron en un bosque inmediato al campo de batalla una hora antes del combate, y cortaron cada uno una encina : limpiándolas de las ramas hicieron con ellas unas mazas, con las cuales se colocaron uno en el ala derecha, otro en la izquierda y otro en el centro del cuerpo del ejército. El éxito de la batalla probó que no habían presumido demasiado de su mérito, sus enormes mazas hicieron en las filas enemigas un destrozo que decidió muy pronto la victoria. El emperador agradecido les dijo entonces : — Pedidme lo que queráis, que al momento lo tendreis. Consultáronse entre sí los tres gigantes; despues dijo el mayor : — *Pedimos que á vuestra graciosa majestad plazca otorgarnos el derecho de arrancar en los plantíos de Boningen, territorio del imperio, todas las veces que nos paseemos por las orillas del lago y*

tenemos sed, tres rábanos que llevaremos uno en la mano, y los otros dos en el cinturón.

Su majestad se dignó concederles su petición : los tres gigantes llenos de júbilo regresaron á Iseltwald, en donde disfrutaron del privilegio de comer rábanos imperiales todo el resto de su vida.

Un cuarto de legua mas allá de Mattin, y á la derecha del camino, las ruinas del castillo de Uuspunnen, se van desmoronando por momentos; pertenecía en otro tiempo al señor de aquel nombre que era muy considerado por el consejo de Berna. Habia intentado en varias ocasiones, dando infinitos pasos, lograr del viejo Walter de Wadeuschwyl, unir el valle de Oberhasli, del que este era señor independiente, al territorio la ciudad. Mientras el señor de Uuspunnen se ocupaba en esto, el jóven Walter vió á su hija, se enamoró de ella y dió con su padre pasos que no tuvieron éxito. El señor de Uuspunnen, furioso, prohibió á los jóvenes que se volvieresen á ver; pero los jóvenes que se ocupaban poco de los negocios de sus padres, desaparecieron un dia juntos dejando á los ancianos que arreglasen sus intereses y los de la ciudad de Berna.

Al año murió el viejo Walter.

Una tarde que el castellano de Uuspunnen lloraba solitario y triste la pérdida de su hija única, llegaron á la puerta de su castillo á pedir hospitalidad dos peregrinos que volvían de Roma. Hízolos entrar. Los dos se llegaron á él, se arrodillaron á sus piés, y levantando las capuchas, le pidieron la bendición paternal, única formalidad que faltaba todavía para su matrimonio. El anciano quiso negársela al pronto, pero entonces sacaron de su seno dos papeles que le presentaron : el uno era el per-

lon del papa, y el otro una donacion al canton de Berna del valle de Oberhasli. El anciano no pudo resistir á aquel doble ataque; por otra parte, le habian hecho padecer demasiado los fugitivos para no perdonarlos.

Al cabo de una media legua atravesamos el arroyo de Saxeten, sobre los restos de su puente, que la tempestad de la vispera habia hecho pedazos; despues entramos en el valle de Lauterbrunnen, subiendo siempre la corriente del Lutchine.

El vallecito de Lauterbrunnen es seguramente uno de los mas deliciosos valles de la Suiza; en ninguna parte se desarrolló mas la lozania de la vegetacion, como en la base de las montañas. Donde quiera que hay un rinconcito de tierra, al punto dice una semilla: esta tierra es mia, y la cubre. ¿Cae rodando por acaso desde la cima de la montaña un peñasco desnudo y árido? pues apenas se ha detenido en el valle: el viento le cubre de polvo, llega la lluvia, y le adhiere sobre su superficie. Pronto verdeguea en él un poco de musgo, cae en él una bellota, brota un arbusto, extiende sus mil rastreras raices, que siguen enroscándose en los caprichosos contornos de la roca, hasta que por fin tocan á la tierra. Entonces, la masa de piedra queda prisionera para siglos, la encina que en lo sucesivo recibe ya su alimento de la madre comun, se agarra imperiosamente á ella, cual la garra de un águila sobre un canto, se desarrolla de dia en dia, y crece de año en año de tal modo, que se necesitará un dia nada menos que la cólera de Dios para desarraigar el gigante.

Despues de haber caminado media legua casi, por este paisaje, cuyos tonos primitivos ya tan na-

turalmente acentuados, toman nuevo vigor por los accidentes de sombra y de luz que vierten sobre sus diferentes partes las nubes y el sol, se llega cerca de la roca de los Hermanos, dominada por la Rothen-Fluth. Este pico rojizo, como ya lo indica su nombre, estaba coronado en otro tiempo por un torreón perteneciente á dos hermanos, Ulrico y Rodulfo. Los desunió el amor de una mujer. Rodulfo que habia sido el despreciado, ocultó su pena y encerró en sí por algun tiempo su rencor. La vispera del dia en que debia hacerse el matrimonio, propuso al novio una cacería en la montaña; aceptó este sin desconfianza alguna la oferta de su hermano, y partió con él. Llegados al pié del peñasco que hemos indicado, y viendo la soledad que al rededor de ellos reinaba, Rodulfo dió á su hermano Ulrico una puñalada. Ulrico cayó muerto.

Entonces sacando de entre las zarzas un azadon que habia escondido la vispera, abrió el asesino un hoyo, arrojó en él su víctima, y lo cubrió con tierra, y notando que se hallaba manchado de sangre, se dirigió al Lutchine que corre á algunos pasos del peñasco.

Luego que hubieron desaparecido las manchas que cubrian su vestido, se levantó y echó una mirada por última vez sobre el teatro del asesinato, por ver si le denunciaba alguna cosa. El cadáver de Ulrico, que acababa de enterrar, estaba tendido sobre la arena.

Abrió Rodulfo un nuevo hoyo y arrojó en él segunda vez á su hermano, pero advirtiendo que á medida que lo llenaba de tierra volvian á aparecer las manchas de sangre en su vestido. Acabado de llenar el hoyo se encontró todo ensangrentado.

Dudando de sí mismo, volvió á bajar segunda vez al arroyo, cuyas cristalinas aguas hicieron desaparecer de nuevo aquel aterrador prodigio, y despues, volviéndose casi delirante hácia el peñasco, dió un grito horroroso y huyó. El sepulcro habia vomitado otra vez el cadáver.

Por la tarde las gentes de Ulrico hallaron el cadáver de su amo, y le condujeron al castillo.

Rodulfo, no atreviéndose á pedir hospitalidad á nadie, murió de hambre en la montaña.

Una inscripcion abierta en la roca comprueba la verdad del suceso, pero sin entrar en los detalles que acabamos de contar, y que sin duda hubieron de parecer demasiado pueriles al severo historiador que la ha hecho grabar. Vedla aquí :

AQUÍ EL BARON DE ROTHEN-FLUTH FUÉ MUERTO POR SU HERMANO. OBLIGADO A HUIR, EL ASESINO TERMINÓ SU VIDA EN EL DESTIÉRRO Y LA DESESPERACION, Y FUÉ EL ÚLTIMO DE SU RAZA EN OTRO TIEMPO TAN RICA Y PODEROSA.

Casi enfrente de las ruinas del castillo de Róthen-Fluth á la otra parte del valle y como una pareja colosal, se alza el Scheinige-Platte ; es una montaña cuya cima roja y de forma redonda conserva el rastro de las aguas primitivas. Desde la cima de está roca que domina al valle á la altura de casi tres mil piés, fué precipitado por el genio de a montaña un cazador de gamos, cuya historia me contó mi guía con un acento que ofrecia una singular mezcla de duda y de credulidad. Aquel cazador que se entregaba á su profesion con todo el

ardor que tienen por ella los montañeses, era un pobre diablo á quien la miseria habia obligado á tomar al principio este oficio, que despues se convirtió en una necesidad. Su destreza era reconocida y su reputacion se extendia del uno al otro confin del Oberland. Un dia, persiguiendo á una cierva preñada, el pobre animal, no pudiendo atravesar un precipicio, que en cualquiera otra ocasion hubiera atravesado de un salto, viendo la muerte delante y detrás de ella, se tumbó á la orilla del abismo, y como un ciervo acosado se puso á dar gemidos. La vista de las angustias de la pobre madre no enterneció al cazador, que armó su ballesta, cogió una flecha de la aljaba y se preparó para atravesarla, pero al dirigir su vista al sitio en donde la acababa de ver sola un instante antes, divisó á un anciano sentado teniendo á sus piés la cierva anhelante lamiéndole la mano. Aquel anciano era el genio de la montaña. A su vista bajó el cazador su ballesta, y el genio le dijo :

— Hombres del valle, á quienes Dios ha dado todos los dones que enriquecen la llanura, ¿porqué venís á atormentar así á los habitantes de la montaña? Yo no bajo adonde vosotros estais para robar las gallinas de vuestros corrales, y los bueyes de vuestros establos. ¿Porqué, pues, subís entonces aquí para matar los gamos de mis rocas y las águilas de mis nubes?

— Porque Dios me ha hecho pobre, respondió el cazador, y no me ha dado nada de lo que ha dado á los demás hombres, excepto el hambre. Entonces, como no tengo ni gallinas ni vacas, he venido á buscar los huevos del águila en su nido, y á sorprender á los gamos en su guarida. El águila y los

gamos encuentran su alimento en la montaña; yo no puedo hallar el mio en el valle.

Entonces el anciano reflexionó un poco, despues haciendo una seña al cazador de que se le acercase, se puso á ordeñar á la cierva en una copita de madera; la leche tomó al punto la consistencia y forma de un queso; el anciano se lo dió al cazador.

— Ahí tienes, le dijo, con que aplacar tu hambre en lo sucesivo; en cuanto á tu sed, mi sudor suministra bastante agua para que tú tomes tu parte. Encontrarás siempre entero este queso en tu morral ó en tu armario, con tal que nunca le consumas todo; te lo doy con la condicion de que en adelante dejarás en paz á mis gamuzas y á mis águilas.

El cazador prometió renunciar á su estado, volvió á bajar á la llanura, colgó su ballesta en su chimenea, y vivió un año del queso milagroso que se hallaba intacto cada nueva comida.

Por su parte, los gamos habian vuelto tambien á tener confianza en los hombres, y dejaban hasta el valle en donde se les veia brincar alegremente, saliendo al encuentro á las cabras que se encaramaban por la montaña.

Una tarde que el cazador estaba asomado á su ventana llegó un gamo tan cerca de su casa, que podia matarlo sin salir de ella. La tentacion era demasiado fuerte: descolgó su ballesta, y olvidando la promesa que habia hecho al genio, apuntó con su acostumbrada destreza al animal, que pasaba sin recelo, y lo mató.

Corrió al momento hácia el sitio donde habia caido el pobre animal, se lo cargó á la espalda, y habiéndoselo llevado á su casa, preparó un pedazo de él para cenar.

Despues que se lo hubo comido, se acordó del queso, que en aquella ocasion le iba á servir, no de comida, sino de postres. Fué, pues, al armario, y lo abrió: salió de él un enorme gato negro, con ojos y manos de hombre, que tenia el queso en la boca, y saltando por la ventana, que se habia quedado abierta, desapareció con él.

No se inquietó por esto el cazador, se habian hecho tan comunes en el valle los gamos, que por un año no tuvo necesidad de irlos á buscar á la montaña. Sin embargo, poco á poco se fueron esparciendo, se hicieron mas raros, y al fin acabaron por desaparecer del todo. El cazador, que habia olvidado la aparicion del viejo, volvió á sus antiguas correrias por las rocas y las neveras.

Un dia se encontró en el mismo sitio en que tres años antes habia sacado de su guarida una cierva preñada. Sacudió el matorral de donde esta habia salido, y salió tambien otra dando brincos. Tiróla una flecha, y el animal herido, fué á parar al borde del precipicio en donde se habia aparecido el anciano.

Siguióla el cazador, pero no llegó á tiempo para impedir que el animal que perseguia, en las convulsiones de la agonía no resbalase, cayéndose al abismo desde lo alto de la roca.

Para mirar adónde habia caido, inclinóse. En el fondo estaba el genio de la montaña; sus ojos se encontraron con los del cazador, que no pudo separarlos de él. Entonces sintió que se apoderaba de él un vértigo increíble, quiso huir y no pudo. El viejo le llamó tres veces por su nombre, y á la tercera el cazador lanzó un grito de angustia que se oyó en todo el valle y se precipitó en el abismo.

He designado con el nombre de Luteline el ri-

BIBLIOTECA UNIV. DE MONTERREY

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

chuelo que costea el camino de Lauterbrunnen ; he cometido un error, pues debiera haber dicho los dos de Lutchines (Zwey-Luchinen), porque cerca de unos mil pasos encima de las montañas de que acabamos de hablar, se encuentra el punto donde se reúnen al pié del Hunneufloh el Lutchine Negro, que baja de la nevera de Grinderwald, y el Lutchine Blanco de la del Tschingel. Por algun trecho corren uno al lado del otro en el mismo álveo, sin mezclar sus aguas, que conservan á cada lado de la orilla su matiz propio, la una su tinte de yeso y la otra un color ceniciento. Allí el camino se divide en dos, lo mismo que el torrente, y se forma una senda en cada orilla, la una que conduce á Lauterbrunnen, y la otra á Grinderwald. Nosotros continuamos costeando el Lutchine Negro, y una hora despues ya estábamos en la posada de Lauterbrunnen.

Aprovechamos inmediatamente la media hora que el posadero nos declaró necesitaba para confeccionar nuestra comida, en ir á visitar el Stambach, una de las cascadas mas nombradas de la Suiza.

Desde lejos habíamos visto aquella inmensa colina semejante á una manga que se precipita de una altura de novecientos piés por un salto perpendicular, aunque ligeramente arqueado por el impulso que le dan los saltos superiores. Acercámonos á ella cuanto pudimos, es decir, hasta el borde del estanque que ha socavado en la roca, no por la fuerza sino por la continuacion de su caída, pues aquella columna compacta en el momento de lanzarse desde la roca, no es mas que vapor cuando llega abajo. Es imposible figurarse una cosa mas graciosa que los ondulantes movimientos de aquella magnífica

cascada ; una palmera cuando se dobla, una muchacha que se contonea, una serpiente que se desenrosca, no tienen mas ligereza que ella. Cada soplo del viento la hace ondular como la cola de un caballo gigantesco, y tanto, que de aquel volúmen inmenso de agua que se precipita, y despues se divide y despues se esparce, apenas caen algunas gotas en la balsa destinada á recibirla. La brisa se lleva lo demás, y va á sacudirla á un cuarto de legua de distancia sobre los árboles y las flores, cual un rocío de diamantes.

Gracias á los accidentes á que está sujeta esta bella cascada, rara vez han podido verla bajo la misma forma dos viajeros á diez minutos de intervalo uno de otro, tanta influencia tienen en ella los caprichos del aire, y tanta coquetería pone en seguirlos. No varía solamente en su forma, sino tambien en su color ; parece que á cada hora del dia cambia la tela de su vestido, tanto se reflejan los rayos del sol en sus diferentes matices, en su polvo líquido y en sus centellas de agua. A veces llegan de repente corrientes de un viento del Sur (fonwnd) que cogen á la cascada en el momento en que va á caer, la detienen suspendida, la rechazan hácia su origen é interrumpen enteramente su caída ; despues las aguas corren de nuevo á precipitarse en el valle mas ruidosas y mas rápidas. A veces algunas bocanadas de viento del Norte helado congelan de un soplo aquellos copos de espuma que se condensa en granizo. Entretanto llega el invierno, cae la nieve, se adhiere á la pared de la roca desde donde se columpia, la cascada se convierte en hielo, aumenta de dia en dia las masas que se prolongan á su derecha é izquierda ; terminando,

en fin, despues de figurar dos enormes pilastras derribadas, que parecen el primer ensayo de una arquitectura audaz, que pusiese sus cimientos en el aire y edificaria de alto á bajo.

TERCERA EXPEDICION

EN EL OBERLAND.

PASO DE LA VENGENALP.

Al día siguiente fui despertado al amanecer por mi guía con una canción tirolesa bajo mi ventana.

Desde Berna y con las primeras palabras tudescas que habíamos oído, nos habían acompañado por todas partes canciones populares peculiares del país. Es preciso haber viajado por Alemania para conocer cuán propagado se halla el genio musical en aquella tierra. Los niños se mecen entre los cantos nacionales, los aprenden al mismo tiempo que su lengua materna y los modulan con sus primeras palabras; y hombres sin método y sin maestro acercan á sus labios los instrumentos y sacan de ellos un partido armonioso, con un encanto que en vano se pediría algunas veces á nuestros más hábiles profesores. Ya no son allí los roncocantares de los muchachos de las llanuras de Frau-